

HOMENAJE

PEDRO LEMEBEL

LEMEBEL

“Lemebel, nacido a mediados de los cincuenta, según afirma, aunque yo creo que nació a principios de los cincuenta, (...) durante un tiempo, un tiempo, por otra parte, bastante jodido, fue uno de los dos integrantes del grupo ‘Las Yeguas del Apocalipsis’, cuyo nombre ya es un hallazgo y cuya sobrevivencia más bien fue un milagro.

¿Quiénes eran las Yeguas? Las Yeguas eran, antes que nada, dos homosexuales pobres, lo que en un país homofóbico y jerarquizado (en donde ser pobre es una vergüenza, y pobre y artista, un delito) constituía casi una invitación a ser pasado por las armas en todos los sentidos. Una buena parte del honor de la República real y de la República de las Letras fue salvado por las Yeguas. Después vino la separación y Lemebel comenzó su carrera en solitario. Travestido, militante, tercermundista, anarquista, mapuche de adopción, vilipendiado por un *establishment* que no soporta sus palabras certeras, memorioso hasta las lágrimas, no hay campo de batalla en donde Lemebel, fragilísimo, no haya combatido y perdido.

Para mí Lemebel es uno de los mejores escritores de Chile y el mejor poeta de mi generación, aunque no escriba poesía. Lemebel es de los pocos que no buscan la respetabilidad (esa respetabilidad por la que los escritores chilenos pierden el culo) sino la libertad. Sus colegas, la horda de mediocres procedente de la derecha y de la izquierda, lo miran por encima del hombro y procuran sonreír. No es el primer homosexual, válgame Dios, del Parnaso chileno, lleno de locas en los armarios, pero es el primer travesti que sube al escenario, solo, iluminado por todos los focos, y que se pone a hablar ante un público literalmente estupefacto.

A mí no me perdonan que tenga boca, Robert, me dice Lemebel al otro lado de la línea telefónica. Santiago resplandece con la iluminación nocturna. Parece la última gran ciudad del Hemisferio Sur. Los coches pasan bajo mi balcón y Pinochet estaba preso en Londres. ¿Cuántos años faltan para el próximo? A mí no me perdonan que recuerde todo lo que hicieron, dice Lemebel. ¿Pero quieres saber lo que menos me perdonan, Robert? No me perdonan que yo no los haya perdonado.”

ROBERTO BOLAÑO

(“El pasillo sin salida aparente”, *Ajoblanco*, 116, Barcelona, mayo de 1999)

CONVERSACIÓN CON PEDRO LEMEBEL

Por Florencia Preatoni

El miércoles 10 de Septiembre de 2003, pasé a buscar a “Pedro por su casa”, a las 18:30. Una casa antigua en un conventillo del bohemio barrio de Bella Vista, cerca del museo de Bellas Artes. Lo tuve que esperar algunos minutos porque estaba haciendo limpieza; según dijo no sabe administrar el dinero y no le alcanza para pagar a alguien que haga las tareas domésticas.

A las 19:00, ya estábamos sentados en una mesita de la vereda del bar durante el “happy hour”. Bar del cual, a juzgar por la confianza y la intimidad con que los mozos lo trataban, Pedro es “habitué”. Y no sólo los mozos se deshacían en saludos y cumplidos, sino todo vecino del barrio que pasaba caminando por la calle le decía: “Hola, Pedrito”, y “Hola, mi amor”, y “¿Qué hacei, lindo?”, y “¿Como andai mi vida?”. Pedro se ubicó en una mesa bastante visible, cerca de la entrada de la carpa de plástico transparente que nos protegía del frío en la vereda. A la media hora de haber comenzado con las preguntas, justo en el momento en que mi grabador se negó a seguir funcionando (a pesar de los intentos de uno de los mozos, el más “computín”(sic) -según dijo- por arreglarlo) llegó el periodista de la *Rolling Stones* que tenía hora para entrevistar a Lemebel a las 19:30. Pensé, entonces, que mi tiempo había terminado –Pedro ya me había aclarado que estaba muy ocupado. Pero quién sabe por qué, invitó al periodista a sentarse con nosotros y tomarse un pisco (a mí cuenta), pues no podrían hacer la entrevista hoy. Según le explicó –delante de mí, pero jugando a que yo no lo escuchaba- él creía que ésta iba a ser una entrevista “superaburrida” y que iba a tener que aguantar a una “estudiantecita intelectualoide de anteojitos”, y que, además, yo me tenía que volver a Buenos Aires, mientras que él podía volver al día siguiente. Conclusión: le pagué tres piscos al reportero de la *Rolling Stones* y se quedó participando de la charla hasta las 21:30, hora en que Pedro dio por terminada la entrevista y nos invitó a su casa a comer pizza con amigos. Así fue:

- En un reportaje que le concediste a Andrea Jeftanovic, dijiste que “Las Yeguas del Apocalipsis” fue una transición o un ejercicio para llegar a la escritura. ¿De qué manera lo corporal se constituyó en letra para vos.? y además, ¿por qué creés que tus interlocutores en su mayoría son mujeres? ¿De qué manera influye eso en tus textos o, mejor dicho, en tu manera de escribir?

- A ver...tiene que ver con otro tiempo: con el tiempo de la dictadura. “Las Yeguas del Apocalipsis” comienza en el ochenta y siete. Antes de esto yo escribía cuentos. El primer acercamiento que yo tengo a la literatura es el cuento, a través de una ficción. En realidad, el cuento a mí nunca me pareció tan entregado, tan pasional; encontraba que era un poco... para señoras aburridas. Entonces, en cierto momento –comenzaba la democracia, de alguna manera empezaban las protestas, yo participaba en esta especie de contracultura, que era muy política, y peligrosa también-, me di cuenta de que no estaba presente, el tema de la homosexualidad no estaba presente en las propuestas que había para el futuro. Escribí un manifiesto –que está ahí en *Loco afán*. Un manifiesto que está dirigido a la izquierda, porque en algún momento yo quise entrar al Partido Comunista –no sé si por ideología, o porque los chicos eran lindos. Y se rieron un poco de mí. Esa carta, ese manifiesto surge en respuesta a aquello: bueno, entonces... “si somos proletarios, de izquierda, y si somos homosexuales ¿por qué no tenemos derechos?...etcétera”. Y esto yo lo leí en un acto de la izquierda, en esos años. Y resulta que publicaron el manifiesto y hasta me pagaron; y a partir de ahí yo empecé a escribir

crónicas. En ese mismo momento conocí a Pancho (la otra Yegua del Apocalipsis) y conversamos de esto: de que tampoco en la práctica el tema de la homosexualidad estaba siendo contemplado, ni por la política, ni en la agenda cultural del gobierno que venía. Los dos decidimos fundar este colectivo de “Las Yeguas del Apocalipsis”, y no sabíamos bien de qué se trataba -él también era escritor, era poeta. Eran más bien intervenciones, algo así como “tú te pones una pestaña, yo me pongo el taco alto, y entramos a esa reunión de políticos serios, a ver qué pasa”, un poco como jugando. Y también tomando el tema de los detenidos desaparecidos y haciendo lo nuestro. Había mucha gente que se metía y nos decía: “pero ¿qué tienen que ver ustedes con los detenidos desaparecidos?, ustedes peleen por sus cosas, por la reivindicación de la homosexualidad”. Entonces, a nuestro juicio, el tema de los detenidos desaparecidos es un tema mucho más perentorio, más fuerte para la memoria, un tema que requería justicia con mucha más urgencia que lo de la homosexualidad. El caso es que toda esa vivencia que yo tuve con las “Yeguas” -en *performance*, en fotografía, en video, en artes visuales en general- para mí significó también un tipo de escritura con el cuerpo, un tipo de escritura vivencial. Por eso es que hago esta relación: al atreverme a publicar ese manifiesto donde yo decía: “soy homosexual y qué”, también eso mismo vino junto con “Las Yeguas del Apocalipsis,” donde también pusimos el tema en los medios de comunicación alternativos... No salí del *closet* porque yo nunca necesité salir del *closet*, yo nací afuera del *closet*. Todas esas *performances*, acciones, que en algún momento ocurrieron -Pancho creo que va a escribir un libro sobre eso y yo también las voy a recoger-, asimismo son escrituras, escrituras corpóreas. Eso me sirvió en el paso de la ficción cuentística a esta otra crónica más contingente, más periodística, más vivencial. Respecto de que mis interlocutores sean en su mayoría mujeres, no es tan así lo que yo quise decir. Mis lectores, en su mayoría, son personas de *sensibilidad femenina*, y no son sólo mujeres las que tienen este tipo de sensibilidad.

- ¿Cómo viviste, y cómo te parece que se vivía en general, en la época de la dictadura, la homosexualidad?

- ¡Perfecto!

- ¿En serio? ¡Es raro lo que me decís!

- Es muy raro. Incluso, creo que Tomás Eloy -no estoy seguro- hace un texto investigativo sobre la homosexualidad y los regímenes dictatoriales en Latinoamérica, en el cono sur. Como resultado te das cuenta de que en Chile no hubo una persecución contra los homosexuales. Al revés, con Pinochet, los paseos públicos estaban llenos de homosexuales. Jamás reprimió Pinochet a los homosexuales, de manera directa, como se hizo en la Argentina; o como en Brasil, donde se implementaron equipos especiales -triple XXX, creo- que mataba travestis en la carretera. Aquí hubo algunas muertes de travestis, pero a partir de homofobias particulares.

- ¿No como una política institucional, como discurso oficial de la dictadura chilena?

- ¡No! Eso ocurrió mucho antes, ocurrió en los años cincuenta. Yo, por ejemplo, durante la dictadura, me fui un tiempo a vender artesanías al obelisco, de hippie; eso era transgresor para mí, no ser gay.

- ¿A qué le atribuí que la dictadura pinochetista no haya perseguido a los homosexuales, siendo que en su mayoría los regímenes militares fueron particularmente homofóbicos?

- Pero tampoco ocurrió en Paraguay, allí tampoco se nos persiguió. Tomás Eloy llega a esa conclusión. Yo creo, sabes... es una hipótesis: yo creo que la maricada, nuestra maricada, era tremendamente arribista, tremendamente conservadora, todas tenían un tío Almirante, un padrino General, todas estaban relacionadas con la hediondez de los galones, de las ropas doradas de la milicada fascista. Todas se creían “Sissí emperatriz”, todas eran nuestra princesa del príncipe guerrero. Lo dice Manuel Puig: en la homosexualidad hay mucho de ese fascismo, como se ve en *El beso de la mujer araña*, pero acá se hizo real. También porque había un famoso peluquero, homosexualísimo, que peinaba a la esposa del dictador —y que salía en la televisión. Los homosexuales eran reaccionarios, en general. No estoy diciendo que todos lo fueron, pero, en general, era así. Porque ocurrió que recién en el final del gobierno de Allende, se empezaron a juntar o a coincidir ciertas homosexualidades, como lo que yo cuento en *Loco afán*, o en “La noche de los visones” —eso fue cierto. Juega cruzado por los hippies, con la droga, con los movimientos de emancipación de la mujer —a fines de los sesenta. Eso en la Argentina, no se dio, mejor dicho, se dio antes, con Néstor Perlongher, por ejemplo, pero se dio. Aquí en Chile, de alguna manera los homosexuales entran un poco en esa cosa más vanguardista ya en los ochenta, con una movida más contracultural. Entonces ocurre que durante los años setenta los homosexuales eran felices. Pinochet no acusó recibo de la homosexualidad pública tal vez porque éramos un poco... los arreglos florales de la dictadura. Tú venías acá como turista y veías todo lleno de homosexuales, de café topless —estaba lleno de café topless- y decías “¿de qué dictadura me hablan?”

- ¿Se explotó eso, así como en Cuba el turismo sexual?

- ¡Sí, sí, sí! Durante toda la dictadura estuvo abierta la discoteca *Fausto*, estuvieron abiertas discotecas gays para quien era muy concheto, para los que eran o se creían hijos de Generales, y que tenían que ver también con todo ese aparato público de la televisión chilena, los shows, las galas, toda aquella cosa que se daba durante la dictadura. Todo ese show fascista acá se consumía con mucha más inocencia. Y ahora los personajes que están en la televisión son heredados de ese show hitleriano; es decir, el tipo que tiene más rating en estos días es el que le animaba los cumpleaños a Pinochet, por ejemplo. Entonces tú dices “¿cómo, qué ocurría?”... Pero eso también tiene que ver con la homosexualidad, con el modisto, con el decorador, con el peluquero, tiene que ver con todo eso. También porque los homosexuales no tenían una trayectoria política. El caso es que a veces llegan gringos aquí preguntando por el “holocausto” de Pinochet, y no fue tal.

- ¿Y el incendio de la *Divine*?

- Y...eso fue hace poco. Eso ocurre ya en democracia, en el año 1994. Ocurre en Valparaíso, está en mi libro *La esquina es mi corazón*. Claro, ocurre ya en democracia, un poco como casi toda la historia de la homosexualidad en Latinoamérica, que está bordada de costras y bordada de heridas y de llagas, cicatrices. Al mismo tiempo que la dictadura, por ejemplo, no reprimía tanto la homosexualidad, en ese mismo sentido, la homosexualidad recibía el castigo social, por ejemplo del crimen ...

- En general a la llamada literatura *gay*, suele pensársela, suelen hacerse lecturas de ella, a partir de *corpus* teóricos que abordan los conceptos de *camp*, *gender* y *kitsch*. ¿Sería

posible clasificar las diferentes categorías del campo homosexual dentro de algunos de estos conceptos? Y ¿cuál correspondería a cada uno?

- No me gustan mucho esas clasificaciones porque tienden a encasillar. Generalmente los conceptos *kitsch* y *camp* se los relaciona con homosexual, y yo prefiero hablar de sensibilidades y no de sexualidad. Eso dejaría afuera a la mujer, y yo a la mujer la quiero adentro, porque también se trata de una minoría. El hombre está presente rigiendo todo en nosotros; por eso el tema del nombre me parece importante. El patronímico es el retorno a la próstata paterna, mientras yo quiero reivindicar a la mujer, como sensibilidad, y no al hombre. Además en la realidad, esas palabras no significan mucho. Yo a mi mamá, que era de un pueblito, semi-analfabeta, etcétera, le decía: “Mamá, soy *gay*”, y ella me contestaba “¡Ay, qué lindo hijo!”. Ella se pensaba que *gay* era algo de la ecología, qué sé yo...

- ¿Por qué dentro de todas las categorías que tu texto permite establecer dentro del campo léxico de la homosexualidad –por llamarlo de alguna manera-, elegís “La loca”, el travesti prostibulario? ¿Cuáles son las características propias de esta categoría?

- Porque son una de las formas políticamente incorrectas. Una de las palabras más duras, más difíciles de oír, son las más discriminatorias. Pero al mismo tiempo es la forma como nosotras nos llamamos en confianza. Si tú o una amiga me dicen “loca” o “marica”, no me voy a enojar porque sé que es cariñoso, pero si un desconocido me lo grita por la calle, despectivamente, es la palabra más difícil de oír. Porque representa lo más marginal dentro de lo marginal. El *gay* es el modelo, el estereotipo importado de afuera, es el homosexual políticamente correcto, como decir “es puto, sí, pero ni se nota”.

- En relación con lo “importado”, aquello que viene de afuera, introducís en tus textos el tema del SIDA como algo también importado, extraño, ajeno.

- Sí, el SIDA fue traído acá por esos gringos que, en la época de Pinochet, venían a hacer turismo sexual a Chile. Entonces traían los dólares y traían el SIDA, era como un “Mc. Combo”. Además traían a Hollywood, y Hollywood reemplaza la historia. Liz Taylor es Cleopatra, Charlton Heston es Moisés. Hollywood rescribió la historia.

- En tus crónicas (*Loco afán*) siempre hay un alto contenido de reflexión política. ¿No habría en tu texto un tipo de travesti que, lógicamente, responde a la sensibilidad *camp*, pero también otro tipo de travesti al que podríamos identificar con una sensibilidad, o una actitud, *kitsch*? ¿No habría una relación muy particular entre *kitsch* y nacionalismo? Por ejemplo La Pilola.

- Sí, totalmente. Los medios y la televisión fueron los que más contribuyeron a la exaltación de un nacionalismo irreflexivo. Y en mis crónicas muchas veces aparecen esas Chumilou y esas Pilola, como representantes de diferentes posiciones. Los regímenes militares son totalmente *kitsch*; por aquello que te decía antes, lo de los galones dorados y el glamour de los uniformes. Todo eso que a nuestras locas les encantaba. Y que en realidad no era más (lo sigue siendo) que una triste y mediocre copia de los de allá arriba, los que realmente tienen poder. Como el modelo Hollywood. La realidad es que todas son Pilolas. Mi deseo es que fuesen todos Chumilou, pero todos son Pilolas. En la historia real de la última fiesta de la unidad popular, la Chumi era una hippie. Ninguno de mis personajes es totalmente real. Por eso la Chumi, y el tipo al que ella representa en la

crónica, es más reflexiva, más conciente de toda esa hediondez nacionalista de la milicada a la cual la Pilola defiende. La Chumi se burla de ella, se burla de su ingenuidad como se burla del circo militar. En ese sentido sí podemos decir que la Chumi tiene un *plus* reflexivo, crítico, es conciente de lo que es y de su propia ridiculez, mientras que la Pilola no, ella se cree todo.

- Creés que hay conductas, no sólo individuales, sino colectivas, que pueden considerarse *kitsch*? Por ejemplo el nacionalismo en los deportes, el nacionalismo ante cualquier agresor externo? Y en ese caso, ¿Lo ves reflejado en la configuración de algunos de tus personajes?

- Sí, nunca lo había pensado así, pero sí. El fútbol, por ejemplo. Lo que pasa es que como nosotros no somos tan buenos con la pelota, nos gusta, pero no nos podemos hacer muchas ilusiones. Los argentinos sí: a pesar de que son más críticos de los milicos y demás, también es más fácil aglutinarlos y manipularlos cuando se trata del fútbol. La pasión nacional.

- Como en el mundial '78.

- Claro. En cambio a nosotros... hay otras cosas que nos movilizan más. Cosas más relacionadas con lo militar o con la economía.

- ¿Los conflictos limítrofes, por ejemplo?

- Por ejemplo, sí. Y también el tema de la economía. Eso de no entrar en el 'Mercosur' porque nosotros somos mejores y no nos conviene. Somos como una Suiza sudamericana; la crisis de ahora, de la Argentina, por ejemplo, nosotros ni la sentimos. Por ese lado tiene más que ver el discurso nacionalista de los chilenos. Pero como te decía antes, en eso, tienen mucho que ver los medios. Un día me invitaron a uno de estos programas de televisión de la farándula. Que no son ni siquiera una parodia, son así, sin reflexión, gruesos. Entonces, ahí yo voy y provocho; le hablo al conductor de su hermana (tiene una hermana desaparecida) y el tipo se queda seco, le hablo de las mujeres torturadas de la P.A.P. Nunca más me va a invitar ése al programa. Todo lo que es irracional es *kitsch*. Acá las locas éramos las florcitas de la dictadura, éramos la muestra de que acá estaba todo bien...si ni a los putos persiguen, como te decía antes, ¿de qué dictadura me hablan? Decían los gringos. Y muchas se lo creyeron. Por eso te digo, acá el problema no éramos nosotros sino los hippies, los maricas eran reaccionarios. Las locas no se daban cuenta de que, en realidad, estaban siendo utilizadas como propaganda. En ese sentido había una gran inconciencia, no había reflexión crítica. Claro, eso es *kitsch*. Por eso acá se sorprendieron cuando con Pancho nos preocupábamos de los detenidos-desaparecidos. Nos decían que nos ocupáramos de lo nuestro. ¡Claro! No estaban acostumbrados a que un marica tuviese algún tipo de posición política. No era lo más común.